

Catástrofe petrolera en Ecuador: «El Chernóbil de la Amazonía»

Frank Steinhofer · Der Spiegel · Publicado el 18.06.2024, 09:44 h · Traducción al español

Fuente original: <https://www.spiegel.de/geschichte/oelkatastrophe-durch-texaco-in-ecuador-das-tschernobyl-am-amazonas-a-d61d9ac3-144d-4ee9-8a66-50befb16e146>

Fue su primer contacto con la cultura occidental. Y fue un encuentro con aquellos que iban a destruir su forma de vida: Emergildo Criollo, de seis años, creció en la selva del noreste de Ecuador, al amparo de la comunidad de los A'í Cofán, que desde hace siglos habita una de las regiones amazónicas de mayor biodiversidad. A mediados de los años sesenta, Emergildo oyó de pronto un ruido fuerte y vibrante sobre su cabeza. Era un helicóptero de la petrolera estadounidense Texaco.

«Los niños nos escondimos en el bosque llenos de miedo, porque nunca habíamos visto algo así», cuenta hoy Emergildo en entrevista. «Los mayores interpretaban sus sueños para averiguar qué significaba todo aquello: helicópteros, motosierras, el hombre blanco. Un día mi padre me llevó con él para que conociera a los extraños. Nos detuvimos en el bosque, al borde de un gran claro, y los observamos. Nunca había visto tantos árboles derribados.»

Los hombres de Texaco saludaron con la mano a Emergildo y a su padre. Ninguno de los dos entendía entonces inglés ni español; los hombres de Texaco no hablaban a'ingae, la lengua de los A'í Cofán. Uno de ellos les tendió una botella de diésel para mostrarles qué materia prima iban a extraer allí. «Mi padre guardó silencio», describe Emergildo la escena, «para mí una señal de que no sabíamos lo que se nos venía encima.»

Lo que les esperaba era nada menos que una de las mayores catástrofes ambientales de todos los tiempos. Un desastre petrolero en plena selva amazónica, con consecuencias que persisten para las personas y el medio ambiente. Los afectados como Emergildo Criollo luchan hasta hoy por una indemnización; hasta ahora, sin éxito.

La mano sucia: Emergildo Criollo muestra cuánto petróleo sigue encontrándose hoy en el suelo de la Amazonía ecuatoriana. Foto: Mitch Anderson / Alianza Ceibo / Amazon Frontlines

En marzo de 1964, la petrolera estadounidense Texaco había firmado con la junta militar ecuatoriana un contrato para la exploración de petróleo. El país sudamericano era políticamente inestable y pobre; hasta entonces, el banano era el único producto de exportación con peso económico. Sobre el petróleo descansaban grandes esperanzas.

Pero para ello el consorcio estadounidense tuvo que adentrarse en la región del Oriente, un territorio al este de la cordillera de los Andes donde se extienden las selvas de la cuenca

amazónica. Desde hace siglos viven allí comunidades indígenas como los A'i Cofán o los Waorani. «La selva ha sido desde siempre nuestro sustento», explica Jairo Irumenga, vocero de los Waorani. «En ella cazamos, pescamos y nos bañamos en los ríos, usamos plantas medicinales como remedio.» La Amazonía alberga una biodiversidad única.

Ecosistema sensible: unos pocos litros de petróleo bastan para contaminar cauces enteros en la Amazonía. En la foto, el paisaje lagunar de Lagarto Cocha, en Ecuador. El territorio ancestral de la comunidad Siekopai se compone de lagunas de aguas negras y bosques parcialmente inundados. Hoy está rodeado de campos petroleros y plantaciones de palma aceitera. Foto: Nico Kingman / Alianza Ceibo / Amazon Frontlines

Una vida junto al río: mujeres waorani pescan en aguas hoy contaminadas por residuos de petróleo. Foto: Pete Oxford / Danita Delimont / IMAGO

Para extraer el petróleo de las profundidades, Texaco intervino masivamente en el ecosistema a partir de mediados de los sesenta: se talaron bosques, se abrieron trochas para carreteras, se tendió un oleoducto de unos 500 kilómetros hasta la costa del Pacífico.

Los trabajadores levantaron incluso una ciudad entera en el corazón de la Amazonía: Lago Agrio. Bautizada así por Sour Lake, el lugar de Texas donde se fundó Texaco. En marzo de 1967 se encontró allí petróleo por primera vez. «Un gigantesco chorro negro brota de la tierra. De cien gargantas sale un hurra atronador», celebró la revista ecuatoriana Vistazo. El diario El Universo se sumó: «Por primera vez en la historia, la tierra ecuatoriana ha dado oro negro.»

La euforia llegó hasta la capital. El primer barril de petróleo fue llevado en desfile por las calles de Quito y colocado en una especie de altar en la Escuela Militar Eloy Alfaro. El gobierno de Quito declaró el combustible fósil factor económico decisivo, sin haber acumulado jamás experiencia en la extracción de petróleo. Se confiaba por completo en el know-how del consorcio estadounidense.

El Sistema de Oleoducto Transecuatoriano (SOTE), construido en su momento por Texaco, transporta hasta hoy crudo desde la Amazonía hasta el Pacífico atravesando los Andes. El oleoducto ha sufrido varias roturas, pues se encuentra en una zona sísmica que, tras las lluvias, es azotada además por deslizamientos. En abril de 2020 se rompieron tres tuberías y más de 15.000 barriles de petróleo fueron a parar al río Coca. Foto: imagebroker / IMAGO

Primero el petróleo, después las personas: además del oleoducto transecuatoriano de 498 kilómetros, Texaco construyó unos 1.000 kilómetros más de tuberías. Casi siempre sin consideración por la vida de los habitantes. Foto: Francois Ancellet / Gamma-Rapho / Getty Images

El petróleo impregna la vida cotidiana: un niño nada en el río Conabo, en la región del Oriente, bajo un oleoducto que antes operaba Texaco. Hoy pertenece a la petrolera estatal Petroecuador. Foto: Ann Johansson / Corbis / Getty Images

Texaco construyó en Lago Agrio una refinería con capacidad de 1.000 barriles diarios. Algo extraordinario, pero nada frente al hambre de petróleo del mundo, cada vez mayor. Ya en 1970 se consumían internacionalmente más de 45 millones de barriles por día. El consorcio estadounidense olió un negocio enorme y extendió sus actividades cada vez más adentro de la selva. Después de Venezuela, Ecuador se convirtió en poco tiempo en el segundo exportador de petróleo de América Latina. En una década, el producto interno bruto per cápita creció en términos reales más de 50 por ciento. Pero la cifra económica no dice nada

sobre la destrucción ambiental y el sufrimiento humano, consecuencias de la penetración en la selva.

Como las nuevas carreteras y líneas eléctricas hicieron accesibles regiones amazónicas remotas, se instalaron nuevas industrias; las madereras talaron bosques para plantaciones de palma aceitera. La promesa de dinero rápido y tierra libre atrajo a cientos de miles de colonos de todo Ecuador.

Sobre todo las comunidades indígenas de la Amazonía quedaron expuestas al despojo de tierras, al desplazamiento y a la violencia. Los habitantes se vieron obligados a aceptar trabajo asalariado —vender artesanías frente a los campamentos, por ejemplo— o a retirarse más adentro de la selva. «Fue la destrucción total de sus vidas», recordó el monje español Miguel Ángel Cabodevilla en un artículo de la revista New Yorker.

Pero la mayor catástrofe estaba aún por venir: la extracción petrolera contaminó amplias zonas del país, y también a las personas que vivían en ellas.

Porque en el proceso se generaban residuos de petróleo y lodos de perforación, cargados de metales pesados nocivos y de venenos peligrosos. Es cierto que Texaco había desarrollado ya en los años sesenta un procedimiento para reinyectar los desechos tóxicos en capas de roca más profundas, de modo que no contaminaran las aguas subterráneas ni las capas superiores del suelo. Pero esa tecnología patentada se aplicó en Estados Unidos, no en los campos petroleros ecuatorianos. Demasiado costosa, según el cálculo que se le atribuye a la empresa.

Y así, entre 1964 y 1992, Texaco perforó al menos 339 pozos y abrió al menos 657 piscinas a cielo abierto en las que vertió los peligrosos residuos de petróleo y los lodos de perforación. Eran fosas del tamaño de albercas, en pleno paraíso de biodiversidad de la llanura amazónica.

Después de 1992, la petrolera estatal de Ecuador, Petroecuador, asumió las instalaciones de la estadounidense Texaco en la Amazonía. Foto: Francois Ancellet / Gamma-Rapho / Getty Images

El trabajador Segundo, frente a una piscina de petróleo dejada por Texaco, a unos 200 metros de su casa. Estas fosas tóxicas, de las que habría 657 en todo Ecuador, provocaron la contaminación del agua y problemas de salud entre los habitantes. La petrolera Texaco, después Chevron, niega hasta hoy cualquier relación. Foto: MediaNews Group / Boston Herald / Getty Images

Un niño mira un estanque con residuos de petróleo. Hasta hoy, en la Amazonía ecuatoriana sigue contaminada una superficie algo mayor que el estado alemán de Renania-Palatinado. Foto: Francois Ancellet / Gamma-Rapho / Getty Images

Emergildo Criollo, que vivió aquellos hechos, relata: «Texaco empezó a verter petróleo en nuestros ríos. Echaban sus aguas residuales en nuestros arroyos. Pero nuestra gente vive de los ríos y los arroyos. Pescamos en ellos, bebemos de su agua.»

Durante décadas, miles de personas y animales consumieron agua contaminada con miles de millones de litros de escoria tóxica de la petrolera. «Mis dos primeros hijos murieron por las consecuencias de la contaminación», dice Criollo.

En total, unos 108 millones de litros de crudo y más de 50.000 millones de litros de aguas residuales tóxicas habrían sido vertidos en la selva amazónica, según estima la cancillería

ecuatoriana. Al menos 21.000 kilómetros cuadrados estarían afectados, una superficie algo mayor que Renania-Palatinado.

Las consecuencias siguen siendo omnipresentes: la gente sufre abortos espontáneos, erupciones cutáneas, malformaciones; en las provincias de Sucumbíos y Orellana, donde se extrajo la mayor parte del petróleo, las tasas de cáncer figuran entre las más altas de toda Sudamérica.

En 2018, la Unión de Afectados y Afectadas por Texaco y la organización Clínica Ambiental recogieron datos de casi 7.000 personas. Su análisis arrojó que el cáncer de huesos es diez veces más frecuente en las regiones afectadas que en el promedio ecuatoriano, y que las mujeres padecen allí ocho veces más cáncer de cuello uterino.

Paisaje devastado: fuertes lluvias provocaron en febrero de 2022, en San Luis, Ecuador, deslizamientos masivos y, como consecuencia, la ruptura de oleoductos de los que se derramó petróleo. Las tuberías en mal estado causan una y otra vez daños ambientales en Ecuador. Foto: Franklin Jacome / Getty Images

Consecuencias para la salud: tras la catástrofe petrolera, la gente sufre abortos espontáneos, erupciones cutáneas y malformaciones; en Sucumbíos y Orellana, las tasas de cáncer figuran entre las más altas de Sudamérica. Foto: Pete Oxford / Danita Delimont / IMAGO

Hasta hoy, los suelos de la zona amazónica afectada siguen contaminados: los charcos apestan a gasolinera, los ríos están envenenados. En noviembre de 2008, el geólogo Richard Cabrera publicó un estudio ambiental y cifró los daños en 27.000 millones de dólares. Para la petrolera, en cambio, el peritaje contenía «pruebas falsificadas y erróneas».

Texaco no niega que hubo contaminación, pero sostiene que las actividades de la empresa estuvieron «plenamente en consonancia con los estándares de la época». El consorcio estadounidense presenta a la petrolera estatal ecuatoriana Petroecuador como principal responsable de los daños ambientales. Al fin y al cabo, fue ella quien asumió las instalaciones tras la retirada de Texaco.

Observadores independientes lo consideran una jugada estratégica. Porque si bien la estatal Petroecuador adquirió participaciones en el consorcio que Texaco y el gobierno ecuatoriano habían creado para la extracción, y en 1977 se convirtió incluso en accionista mayoritaria, «Texaco conservó el 37,5 por ciento de las acciones y siguió operando las instalaciones de producción del consorcio hasta 1990», escribe la profesora de Derecho Judith Kimerling, de la City University of New York. Según eso, Texaco extrajo petróleo entre 1967 y 1990. Y la destrucción ambiental, sostiene la empresa, habría ocurrido en los dos años transcurridos entre la entrega a Petroecuador y 1992.

El argumento surtió efecto: en 1995, Texaco llegó a un acuerdo con el gobierno ecuatoriano y prometió 40 millones de dólares para un programa de remediación. Debía limpiarse poco más de un tercio de las piscinas tóxicas. Un trabajador petrolero habló de un «facelift», de una operación cosmética; la química estadounidense Wilma Subra, que revisó el informe final, comentó escuetamente: «Realmente no hicieron mucho.» Emergildo Criollo, cuyos hijos murieron, lo cuenta así: «Texaco se comportó como un gato que ha hecho sus necesidades: escarba en la tierra y lo tapa todo. ¡Texaco simplemente tapó los charcos de petróleo!»

Herencia dañina: hasta hoy, los mecheros de la Amazonía ecuatoriana queman el gas excedente que se genera en la extracción de petróleo. Causan emisiones y ponen en riesgo la salud de quienes respiran ese gas. Foto: Bryan Patrick / ZUMA Press / IMAGO

Tras la supuesta operación de limpieza, la empresa quedó liberada de toda reclamación y de cualquier responsabilidad frente al Estado ecuatoriano. Pero las personas afectadas también buscaron reparación por los daños sufridos. En 1993, abogados presentaron la primera demanda por contaminación ambiental en nombre de 30.000 personas, entre campesinos, colonos y comunidades indígenas. Texaco le restó importancia. El portavoz de la empresa, J. Michael Trevino, declaró en 1994 al New York Times que no había pruebas de la relación entre su extracción de petróleo y el aumento de los casos de cáncer.

En 2001 entró en juego un nuevo actor: Chevron. La petrolera estadounidense absorbió a Texaco y, con ella, los litigios pendientes. Por la magnitud de la catástrofe y la destrucción a largo plazo de los medios de vida, los abogados de las comunidades afectadas hablaban ya de un «Chernóbil de la Amazonía».

Comenzó el mayor litigio ambiental de todos los tiempos, librado en varios procesos ante tribunales nacionales e internacionales. Hasta el día de hoy, Chevron no ha pagado ni un centavo de indemnización a los afectados, ni ha tomado nuevas medidas para reparar los daños ambientales.

Desde hace tres décadas, la empresa litiga en todas las instancias posibles. «No podemos permitir que países pequeños traten así a grandes empresas», declaró un lobista de Chevron en 2008 a la revista Newsweek. El entonces portavoz de Chevron anunció: «Pelearnos hasta que el infierno se congele, ¡y entonces seguiremos peleando sobre el hielo!» Mientras tanto, Chevron disolvió su filial ecuatoriana y sacó todos sus activos del país.

Tras 30 años en los tribunales, el asunto parece inclinarse a favor de Chevron. Es cierto que en 2011 un tribunal ecuatoriano condenó a Chevron por contaminación ambiental a pagar 9.500 millones de dólares. Pero en 2014 un tribunal estadounidense determinó que la demanda se había obtenido mediante fraude.

Manifestantes ante un fallo decisivo en Nueva York, en octubre de 2013: la petrolera Chevron quiso primero que el litigio por contaminación se resolviera ante un tribunal de Ecuador. Pero cuando el tribunal ecuatoriano condenó a la empresa a pagar 18.000 millones, Chevron pidió a un tribunal de Nueva York anular el fallo ecuatoriano por fraude. El juez neoyorquino Lewis A. Kaplan falló a favor del consorcio estadounidense. Foto: Spencer Platt / Getty Images

Los críticos de esa sentencia, entre ellos Pablo Fajardo, abogado de los afectados, ven en ella una maniobra de distracción para eludir la ejecución del fallo ecuatoriano. «¿Puede un juez en Francia influir en una sentencia del Tribunal Supremo alemán?», pregunta en entrevista. «¿Puede un juez estadounidense dictar un fallo de Ecuador? No, no puede.»

Pero Chevron utilizó la sentencia estadounidense en otro proceso. Ya en 2009 la petrolera había recurrido a la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, invocando el tratado bilateral de protección de inversiones entre Estados Unidos y Ecuador. Todas las reclamaciones estaban saldadas desde hacía tiempo y los daños ambientales, remediados, argumentó

Chevron. Ecuador debía detener todos los procesos judiciales o pagar él mismo a los afectados la indemnización de 9.500 millones de dólares.

Con su fallo más reciente, de noviembre de 2023, la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya confirmó la decisión que había tomado cinco años antes: dar la razón a la petrolera. El balance jurídico provisional de la catástrofe: Ecuador debe ahora indemnizar a la multimillonaria Chevron por denegación de justicia en virtud del tratado de protección de inversiones. El monto definitivo aún debe decidirlo la Corte (a junio de 2024); el gobierno ecuatoriano calcula un pago de 2.000 millones de dólares.

¿Puede Jairo Irumenga, vocero de la comunidad waorani, imaginar un futuro sin resistencia contra las petroleras? «En un futuro sin lucha, las comunidades indígenas ya no tendríamos territorio. En un futuro sin lucha nos quedaríamos sin nuestra cultura, sin nuestra lengua. Estaríamos al borde de la extinción. Por eso creemos: sin lucha no habrá vida», dice en entrevista. Foto: Matthew Goff / Alianza Ceibo / Amazon Frontlines

De patrulla: comunidades como los A'i Cofán vigilan hoy su territorio ancestral en la Amazonía con lanzas tradicionales y dispositivos GPS, para documentar actividades ilegales y exploraciones. Foto: Nico Kingman / Alianza Ceibo / Amazon Frontlines

Nueva esperanza: los sistemas de captación de agua de lluvia aseguran hoy la supervivencia de muchas comunidades indígenas afectadas por la contaminación petrolera de los ríos y las aguas subterráneas. Foto: Mitch Anderson / Alianza Ceibo / Amazon Frontlines

En Ecuador, decenas de miles de personas siguen viviendo con las consecuencias de la catástrofe petrolera. «Al final nunca recibimos ayuda, ni de Chevron ni del gobierno», resume el afectado Emergildo Criollo. A su pérdida personal le ha dado un nuevo sentido y ha fundado una alianza con otras comunidades indígenas. La Alianza Ceibo lucha hasta hoy contra las petroleras y por la preservación de la región amazónica. La esperanza de Emergildo: que las generaciones futuras puedan volver a vivir en una selva menos contaminada.

Para el abogado Pablo Fajardo, las reclamaciones de los afectados y el fallo ecuatoriano siguen en pie también después del arbitraje. «Todavía buscamos escenarios para poder ejecutar la sentencia», explica.

Chevron, en cambio, invirtió a comienzos de 2024 en el siguiente país sudamericano que promete ricas reservas de petróleo: Guyana.

Nota de la redacción: Las entrevistas con Emergildo Criollo y Jairo Irumenga fueron facilitadas por la organización Amazon Frontlines.